

AÑO I — BARCELONA 2 DE ABRIL DE 1882 — NUM. 14

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

JESUS INSULTADO, por Doré

SUMARIO

JESUS DE NAZARETH

La Historia tiene sus horas de providenciales creaciones; el espíritu humano sus momentos de revelacion súbita. Cuando todo está preparado para una obra sublime, aparece el artífice que ha de realizarla; y cuando aparece el artífice, la conciencia y el corazon siguen á una, como esclavizados, sus misteriosos llamamientos. El dolor de Jerusalen, léjos de caer en la desesperacion, avivaba la esperanza; y la esperanza avivada traia la fe en la venida misteriosa del Mesías. Reuníanse en sus grandes festividades los judíos y se comunicaban mutuamente estos consuelos supremos de su triste suerte. Ibanse á los desiertos y tornábanlos fecundos al grito de sus oraciones y al riego de sus lágrimas. Hacian penitencia; maceraban las carnes como disciplinaban los ánimos. De aquí, de tal estado, el ebionismo y el esenismo, la exaltacion del dolor y de la pobreza. Y de la exaltacion del dolor y de la pobreza el número de profetas que llenaban las encrucijadas y que se veian por todas partes, siendo sus almas como los capullos en que se encerraba el florecimiento universal de las ideas. El Bautista personifica esta crísis suprema y única de la humana conciencia. Mas eran Bautistas como él, en tan supremo trance, la Sibila de Eritrea que contaba con los dedos el cumplimiento de las Semanas de Daniel y que escribia á la última luz de la antigua fe sus misteriosos anuncios; el filósofo de Roma y de Aténas que veia con interiores intuiciones la necesidad de una revelacion para el alma; el judío alejandrino que adoraba el Verbo intermediario entre la divina y la humana inteligencia; el peregrino que iba á la Ciudad Santa en pos de las festividades religiosas; hasta el poeta de la Ciudad Eterna que recogia los ecos de los dos coros formados por las Sibilas y por los Profetas anunciando una nueva edad en que las colinas coronadas de lirios saltarian como corderillos en su regocijo, y las nubes henchidas de rocío llenarian el cielo con sus blancas bandadas, y la abeja sin aguijon depositaria la miel en el tronco de la encina cargada de frutos, como el campo sin necesidad de arado se henchiria de espigas y de racimos: que llegaba el cumplimiento de las profecías y la plenitud de los siglos.

En efecto, aparece Jesus. Su vida en la escena histórica empieza cuando el Bautista vierte sobre su cabeza las aguas del Jordan. Hasta ese momento vive en el seno de su hogar como la semilla en el seno de la tierra. Pero, cuando comienza su predicacion divina, revela que viene del seno de Dios y que va á la redencion del hombre, y exclama, dirigiéndose á cuantos le preguntan por su familia: «¿Quién es mi madre; quiénes mis hermanos? Todo aquel que oye mi palabra y la obedece ó sigue la voluntad de mi Padre que está en los cielos, es mi hermano, mi hermana ó madre.» Jesus nació en Galilea; y Galilea, tierra no tan sacerdotal como Jerusalen, y por tanto más abierta á la predicacion religiosa y ménos intolerante en sus creencias, ofrecia mayor espacio al movimiento de aquella tierna y luminosa alma y mayor libertad á su fecundísima predicacion. Deseoso de mostrar que trae la regeneracion por el bautismo y por la humildad, es decir, por la renovacion moral y por la sujecion á la voluntad divina, se lava en el Jordan como el último de los esenios y responde á un jóven que alaba y encarece su virtud: «Sólo Dios es bueno.» Sus palabras van, despues del bautismo, encaminadas á componer una comunidad, digna de suceder á Abraham y de recibir al Mesías y decidida por su voluntad y por su fe á la iniciacion de esta milagrosísima obra. Así clama por todas partes: «Haced penitencia, que el reino de Dios se acerca.» Y en efecto, sencillo como la verdad que predica; sublime como la mision divina que trae; espontáneo en sus palabras como el ave de los cielos en sus cánticos; echando á los cuatro vientos sus ideas como las palmas del desierto su pólen; errante por aquella tierra donde el nopal retorcido entre los pedregales y la higuera blanqueada por el polvo del camino ofrecen alimento á las fuerzas, como abrigo al cuerpo el cielo azul sembrado de estrellas que parece un manto de seda; Jesus encierra en apólogos los más divinos pensamientos, como el planeta encierra su virtud magnética en la punta de una aguja imantada; y da gracias al cielo por haber permitido que su doctrina pasara inadvertida entre los poderosos y los soberbios, y se prendiera estrechamente al corazon de los pobres y de los humildes, únicos capaces de presentir y adivinar que si venia como Mesías prometido y llegado, no venia tanto á restablecer las piedras de un templo y el poder de un pueblo, como á restaurar la conciencia moral y poner dentro de ella, en sus invisibles altares, la idea sublime de Dios. Y no es ciertamente aquel Dios airado de la Biblia, que tiene por principal atributo la justicia y por primer ministro el castigo, á cuya mirada las selvas se abrasan como yesca y los montes se bambolean como epilépticos; precedido de ángeles exterminadores con cometas por espadas y acompañado del relámpago y del trueno, resonantes mensajeros de sus iras; no es aquel Dios que ha echado en el sepulcro las generaciones como el segador echa en el surco las espigas; cubierto de sangre, cuando vuelve del combate, segun la expresion de sus profetas, como de mosto el vendimiador que ha pisado la uva en el lagar; no es aquel Dios, no: es el Dios todo bondad, todo amor, todo misericordia: padre tierno, más que monarca omnipotente, del cual todos somos hijos, y por el cual todos hermanos; que nos contiene á todos igualmente en su seno y á la vida de todos provee con su providencia, pidiéndonos que le busquemos, que busquemos su reino espiritual, y lo demás se nos dará por añadidura, como se da al ave que no siembra su sustento y al lirio que no hila su vestidura en la efusion del amor universal y divino, cuyos rayos penetran desde los cielos hasta los corazones é iluminan desde las estrellas hasta las almas.

Apénas comprenderíamos la vida de Jesus y su ministerio, si no atendiéramos con atencion preferente al lugar predestinado, donde sus primeras escenas sucedian. Galilea, su patria, ménos sometida á la dominacion romana, y más libre de la influencia teocrática que todo el resto de la tierra judía, hallábase por la pagana Samaria separada de Jerusalen, á cuyo templo acudian los judíos á millares desde el interior de Asia y desde las ciudades de Egipto para celebrar la Pascua en el único sitio consagrado por sus tradiciones sacrosantas. Resultaba, pues, de hallarse colocado en esta posicion intermedia entre la extrema ortodoxia y la extrema heterodoxia, que Cristo veia la ruda soberbia con que los rabinos, industriados en las cosas bíblicas, recibian su doctrina, y la comparaba con la dúctil tolerancia de los gentiles y su docilidad, propia de creyentes más flexibles y más apercibidos á esperar la visita ya anunciada de la buena nueva. El judaísmo se moria por la virtud capital en que consistiera su grandeza, por el aislamiento, necesario, cuando tantas idolatrías podian tentarlo y perderlo, inútil cuando la idea de Dios esclarecia ya el alma de los filósofos, las cimas de la humanidad; aislamiento que representaba en toda su extension y en todas sus consecuencias el cuerpo sacerdotal de los grandes separatistas llamados en lengua hebraica fariseos. El paganismo, decaido entónces tambien, ocultaba mejor su descomposicion por la flexibilidad con que recibia ideas tan filosóficas como la idea del Verbo, completamente repulsiva á la rígida fe del sacerdocio judío. Pero Jesus, á medida que iba recibiendo homenajes del pueblo escogido, iba revelando los términos fundamentales de la mision divina á que le impelia, con vocaciones verdaderamente incontrastables, su íntima conciencia. Hijo de David le llaman los ciegos de Jericó; Mesías prometido los viandantes de Judá; y él se llama á sí mismo, con humildad sublime, hijo del hombre, como si la glorificacion que todos quieren darle en el cielo, solamente pudiera esperarla del dolor y recibirla con la muerte. Su concepcion del encargo que le habia confiado la Providencia en el mundo distaba mucho de la concepcion que tenian los judíos, esperanzados en un Mesías puramente nacional y de fines temporales; pero, así como aceptaba la ley escrita para animarla con el espíritu celeste, admitia las tradiciones mesiánicas para someterlas á su divino ministerio, enseñando en ellas y mediante ellas, con figuras comprensibles al pueblo, toda la altísima virtud de sus revelaciones teológicas.

Habitando Jesus las orillas del mar de Galilea, de donde eran sus principales discípulos, erraba á la continua por los senderos, por los caminos, seguido de gentes que se extasiaban al escucharle, parándose á la puerta de los templos, subiéndose á la cima de las alturas, embarcándose en los esquifes de los lagos, perdiéndose en las orillas del Jordan, á fin de que todos pudiesen oirle, y al oirle recibiesen la verdad divina, y al recibir la verdad divina resucitasen regenerados en la nueva fe, sin las antiguas manchas del primer delito ni las sombras espesas del tradicional error. Su enseñanza tiene incomparable sencillez. Nada de largos discursos. Conoce profundamente á su pueblo y sabe que, para herirle en la atencion y moverle al bien, no hay que fatigarle con largos y complicados argumentos. La naturaleza, en cuyos brazos viven estas gentes, criadas como las aves al aire libre, le ofrece á cada paso comparaciones de una prodigiosa enseñanza. Sobre todo, el apólogo que encierra las ideas más dispares y concreta las enseñanzas más abstractas, forma realmente apropiada á estas tiernas inteligencias por su sencillez, si bien idónea para exaltar las imaginaciones por su estructura poética, muy gustada de los pueblos orientales á quienes cuadran los símbolos; el apólogo, decia, suspende los ánimos de los inspirados labios del Salvador y le congrega oyentes que caen á una en trasportes de entusiasmo al eco de aquella tierna palabra, la cual anima con su soplo los corazones al amor, y enciende las inteligencias en la fe, y arrastra las voluntades á la persuasion, y obra por la doble virtud de la enseñanza y de la poesía, esmaltadas con refranes, sentencias, apotegmas, que parecen por un lado el cuento dicho al niño, por otro el cánon concebido en la inteligencia del filósofo, por otro la voz misma del cielo. Jamás se encerraron ideas más vastas en formas más sencillas, ni dogmas más profundos en lenguaje más popular y más llano.

En estos bellísimos apólogos resaltan de una manera palpable las estrechas relaciones entre el mundo moral y el mundo material. Por ejemplo, Jesus habla del labrador, que salió una semana á sembrar; y como derramara parte del grano en el camino, comiéronselo á seguida los pájaros; y como derramara otra parte en árido pedregal, si bien brotó, no arraigaron sus raíces ni crecieron sus tallos; y como sembrara otra parte en las zarzas, ahogáronla sin piedad las espinas; y solamente el grano arrojado en buena tierra, bien sazonada, arraigó, brotó, creció, espigó, y dió sesenta por uno. Y como le preguntaran por qué hablaba en parábolas, contestó que este era el mejor modo de dar á conocer los misterios del cielo. Y en efecto, mil enseñanzas de esta suerte brotan á cada paso en los discursos de Jesus: ya la siembra del trigo; ya el grano de mostaza, la más diminuta de las simientes, que da el mayor de los árboles; ya la levadura en el pan; ya la perla en la concha, dánle ocasion para hablar de las consecuencias del pecado y de las maravillas del reino de Dios en los cielos. Solamente con esta sencillez suprema podia dar la verdad á sus discípulos y á sus oyentes. Dos elementos formaban el auditorio de Jesus, uno permanente y otro cambiante. Era el cambiante aquella muchedumbre que solia condensarse y desvanecerse, como la espuma en las aguas; y era el permanente aquel cenáculo de discípulos, que le seguia á todas partes y se empapaba en su doctrina para adorarla en el propio corazon y difundirla en el corazon de los demás. Doce fueron estos discípulos, y alcanzaron tal número en conmemoracion de las doce tribus de Israel, como para demostrar el culto del Redentor á las fórmulas de la antigua ley. Jesus los ha recogido en su compañía, y los ha llamado á su seno, á las orillas del mar de Galilea, en cuyas aguas eran pobres pescadores. Durante la vida del Maestro no se apartaron de él, pues imbuidos de ideas exclusivamente mesiánicas y judías, podian faltar ó torcer el pensamiento capital del Cristianismo, que empieza, como las instituciones vividoras, por una diminuta asociacion, hija de un pensamiento individual, y concluye por llenar y henchir toda la tierra. Lo que más debia recelar Cristo en sus discípulos era el sentido político arraigado profundamente en los hijos de Israel. Hacia poco tiempo que un judío, aterrado ante la inmensidad del poder romano y dolorido ante la miseria y la esclavitud del pueblo escogido, resolvióse á luchar como bueno, aunque le costase la vida, contra los enemigos y los opresores de su patria. Esta tentativa heróica, pero frustrada, léjos de ocurrir á ningun peligro, ni de curar ningun mal, habia agravado la suerte del pueblo. Judas de Gamala se decia el revolucionario, el Macabeo, el judío heróico que combatiera con el destino, y que al desafiar á Roma, desafiaba al Universo rematado entónces por la estatua formidable de la Fortuna romana. El escritor judío Josefo, á pesar de los frecuentes apuros en que lo pone el combate entre su conciencia de historiador y su deseo de no deservir á la autoridad romana, ensalza en términos calurosos á este patriota, y nos dice cómo llevaba su entusiasmo republicano por la libertad hasta el extremo de preferir la muerte á llamar á ningun mortal monarca ó señor, nombres reservados á Dios, y solamente á Dios, en su pura y tranquila fe. Así, arrastrado por esta serie de pensamientos, prohibia pagar tributo al César, por creer que se le alzaba con tamaño homenaje á la misma altura de Dios. Seis años tenia Jesus cuando estas ideas de un galileo encendian los ánimos en su patria misma, y

provocaban una de esas sublevaciones semíticas, en que porfían el arrojo con la paciencia. El procurador romano Copponio venció á la insurreccion y al insurrecto; pero no venció á su idea, cuyos rastros quedaron en Palestina, como para mantener vivos el horror al tributo y el apego á la revolucion. No podian los sucesores de Judas, despues de este escarmiento, predicar con tanta holgura la apelacion desesperada al recurso supremo de la fuerza; pero podian mantener vivo el espíritu democrático de su pueblo predicando el odio á los poderosos, el menosprecio de las riquezas, el sacrificio de la vida, el amor indomable á la libertad y á la justicia. Y esto hacia Juan, al refugiarse en el desierto, y anunciar el reino de Dios, bañándose en el Jordan todas las mañanas, por lo cual llamáronle Bautista, el que se baña de madrugada, á fin de sostener con la limpieza del cuerpo la limpieza del alma y congregar en torno suyo almas exaltadas y dispuestas á conservar siempre vivas las esperanzas mesiánicas del pueblo. Herodes comprendió el sentido oculto de la predicacion del Bautista, y lo degolló; pero las persecuciones fecundan, con la sangre de los mártires, las ideas vivas, destinadas á arraigarse en las conciencias. El sentido democrático del pobre Judas, de aquel mártir aniquilado bajo el peso de la fatalidad, pasó á todo el pueblo de Galilea, y por consiguiente, á los amigos de Jesus, á los compañeros de sus trabajos, á los míseros pescadores de Galilea, incapaces, cuando oian la divina palabra, de alzarse hasta la concepcion de un reino espiritual, en los eternos cielos.

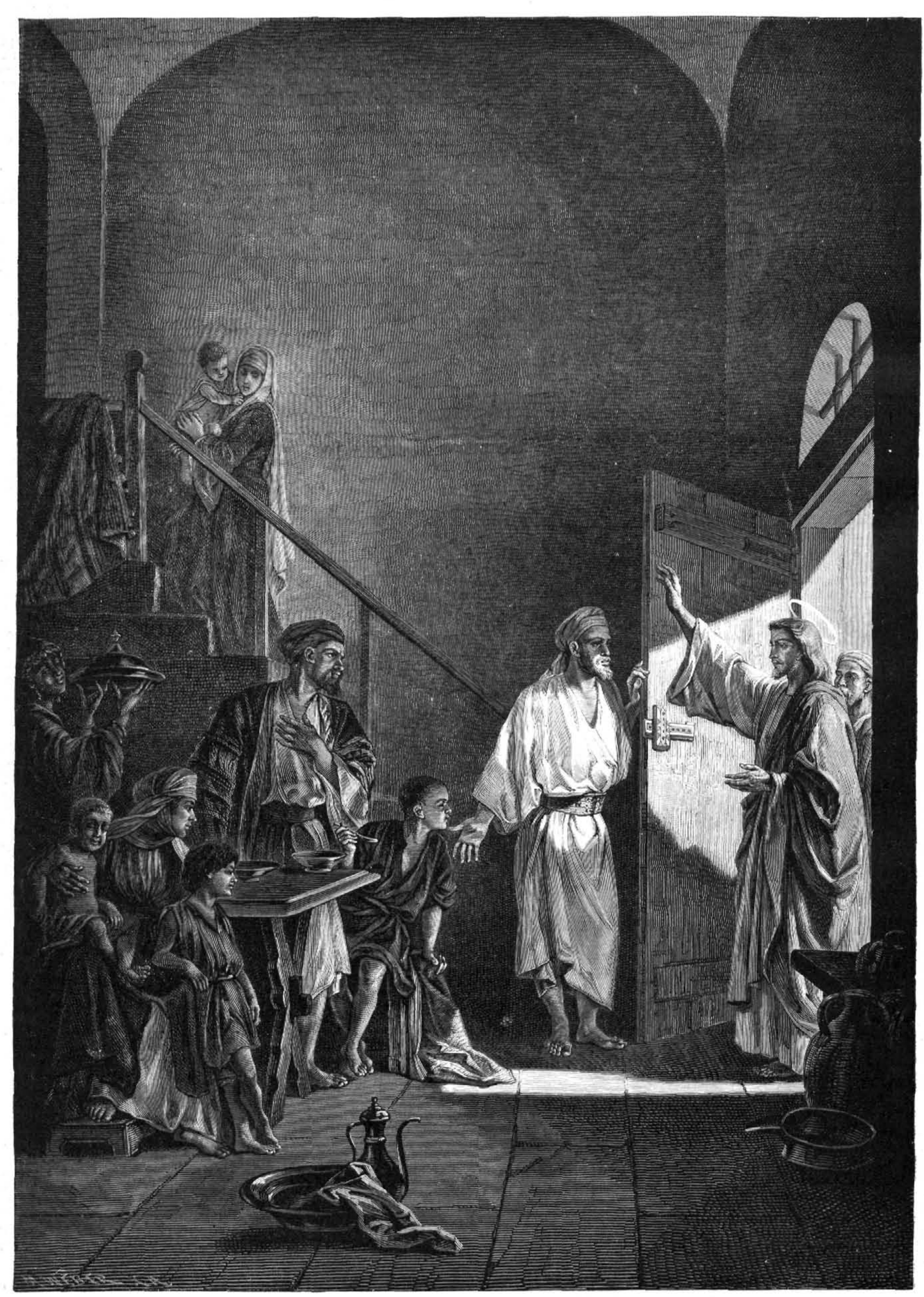
En esto vinieron los dias de la Pascua, y con los dias de la Pascua la llegada de muchos judíos á Jerusalen, que iban de todos los puntos del Imperio romano, llevando de Alejandría ideas griegas en ofrenda al templo y volviendo á Alejandría ideas judías en ofrenda á la ciencia, con cuya misteriosa conjuncion se verificaba la nueva síntesis indispensable al florecimiento del nuevo espíritu. Dos millones setecientas mil almas llenaban, segun Josefo, en esta Pascua la triste Jerusalen, que sólo tenia de ordinario cincuenta mil habitantes. Imaginaos cuán fáciles de exaltar y cuán propensos á lo maravilloso aquellos hombres, dotados de las dobles calidades de su raza, grandes teólogos y grandes comerciantes, que venian de pueblos lejanos con el amor á Jerusalen y á Palestina, despues de haber atravesado los desiertos y los mares en pos de una fiesta santa, en la cual veian centellear las ideas antiguas, conservadas como celeste patrimonio á través de los siglos y de la incesante persecucion, en el seno de tantas generaciones. Destino singular el de estas peregrinaciones judías, las cuales, si van de Egipto á Palestina en tiempos casi pre-históricos, encuentran la idea de la unidad de Dios; si van de Palestina á Nínive y Babilonia con el látigo sobre la espalda y la cadena al pié, encuentran la esperanza en el Mesías; si van de Jerusalen á Tiro, á Alejandría, á Aténas, propagan la idea del Verbo y unen el Dios de Moisés con el Dios de Platon; si van de Córdoba, de Sevilla, de Granada en aquellas excursiones de la Edad Media, educan las sublimes inteligencias de los doctores eclesiásticos y preparan con la union de la teología cristiana y de la filosofía aristotélica ó averroista, la ciencia de Santo Tomás y la escolástica de la Iglesia. Así no es maravilla que los judíos de las diversas sectas se encontraran por igual conmovidos y fanatizados en la santa semana de Pascua.

Habia en Jerusalen judíos alejandrinos, judíos romanos ó resueltos á transigir con Roma, judíos fariseos en los cuales comenzaba la intransigencia hebraica, judíos celosos que eran los exaltados é intransigentes, judíos saduceos que pactaban con el dominador, judíos esenios que hacian penitencia, judíos ebionitas que practicaban la pobreza, y judíos galileos entre los cuales se encontraban los discípulos de Jesus. No es mucho, pues, que estos últimos prepararan al Salvador triunfal recibimiento, cuando lo tenian y lo consideraban por su profeta. Cristo debia recelar de sus imprudencias, pues ido á Jerusalen mucho ántes de Pascua, en la llamada fiesta de las luces, aparecia en los pórticos de Salomon, que daban paso al gran templo, y allí conminaba á los sacerdotes, y blandia sobre su cabeza el rayo espiritual de su elocuencia. Pero sólo aparecia por la mañana; y de tarde, en cuanto avecinaban las sombras, recogíase en Cafarnaum, lugar situado á la entrada misteriosa del desierto. Cuánta no debia ser la ansiedad de los galileos por contemplar, muertos ya sus dos antiguos defensores, al jóven profeta, que entraba en la madurez de la vida y que tenia el don de ablandar las piedras, y de inertes convertirlas al movimiento y al latido de los corazones. Aguardábalo mucha gente en este primer dia de la semana de Pascua.

En el camino un publicano quiso verle, y se subió á un sicomoro para saludarle. En casa de Marta, donde habia entrado un momento, cierta mujer le derramó bálsamo en los piés y se los enjugó con su propia cabellera. La plenitud de la vida, la elevacion creciente de la idea, el sentido íntimo de su divino ministerio, el recogimiento en las soledades reveladoras del desierto, la prevision de una muerte segura y semejante á la que habia acabado con sus predecesores, la luz y la poesía recogidas en sus plegarias continuas, dábanle en este período crítico de su vida, cuyo fin se acercaba á más andar, algo de la tristeza de los mártires y algo tambien de la majestad de los profetas. Así las gentes debian ansiar verlo, saludarlo, oir de sus labios elocuentísimos la esperanza vivificadora, acerarse en su doctrina revelada por la inmensidad del desierto y la inmensidad del espíritu, ver cómo surgia de sus palabras inspiradas un nuevo Templo lleno del Dios de Israel y superior al templo de Salomon, segun tantas veces dijeran las misteriosas profecías. En efecto, al acercarse á Jerusalen, rodeado de sus discípulos; seguido de las muchedumbres encontradas á su paso; radiante con esa hermosura mística que dan el recogimiento de las facultades en lo interior y la reflexion tenaz; ceñido con la aureola de las ideas puras; debia despertar el entusiasmo de todos aquellos que necesitan creer, que necesitan sentir, que necesitan adorar, que necesitan explayarse en las grandes efusiones propias á los pueblos de creencias tan vivas y de imaginacion tan exaltada como los pueblos de Oriente. Los galileos le esperaban y arrastraron tras sí á muchas gentes, á quienes encendieron y entusiasmaron á una con su contagioso entusiasmo. Cubrieron el camino por donde debia pasar con sus mantos; llenaron el aire que debia respirar de vítores; hiciéronle subir á blanca pollina que llevaba detrás la inquieta cría; agitaron en torno de su cabeza palmas del desierto y ramas de olivo; y así anunciaron al gobernador romano y á los sacerdotes judíos que latia en el pueblo una nueva esperanza y que en aquella esperanza tronaba una nueva revolucion.

En cuanto los sacerdotes vieron estallar ese entusiasmo en el ánimo de los galileos, temblaron por la amenaza de un levantamiento parecido al que otras veces ensangrentara las tierras de Palestina y las calles de Jerusalen. El dia que tal sucediese, acabaríase para estos judíos materialistas el templo, y con el templo sus rentas y sus honores, todo lo que envanecia sus almas y todo lo que alimentaba sus cuerpos. Roma, cansada de luchar y de reluchar con los inquietos judíos, dirigida á la sazon por el cruel Tiberio, que tanto se gozaba en la matanza y en el exterminio, llegaria, por fin, á desolar la ciudad y á derruir el templo, que sólo se salvaban merced al valimiento de sumos sacerdotes nombrados por virtud y gracia de Sejano, torpe favorito del César. La política inspirada en los intereses transitorios de un pueblo y en los apetitos materiales de una clase, levantábase erguida frente á la conciencia pura y sus divinas é incontrastables aspiraciones al ideal. La sed y el hambre de un dia trataban de contrastar la eterna sed de las almas por lo infinito é interponerse entre el cielo y la tierra como mefítica y negra nube, bastante á oscurecer desde el disco de la divina esencia en su gloria hasta los abismos del humano espíritu en su insondable profundidad. Pobres gentes, que de puro ir al templo material; de puro leer, salmodiándolos, sus antiguos libros litúrgicos; de puro asistir al ritual como máquinas, habian perdido toda nocion de la fuerza que tienen las ideas, é imaginádose á sí mismos capaces de perseguir una doctrina porque perseguian á un hombre; de ahogar una existencia porque ahogaban una aspiracion; de crucificar un dogma porque crucificaban á un profeta, cuando ciegos instrumentos de voluntad superior á la suya, parecian venidos á mostrar toda la milagrosa fuerza del espíritu; tan vencedor de la muerte, que el pobre delincuente consagrado al patíbulo debia levantarse en la adoracion universal á Dios de todas las generaciones y la cruz convertirse en el signo divino de la humana redencion. No hay nada que rebaje los caractéres y que mengüe los entendimientos como frecuentar los espacios donde las grandes ideas habitan y no comprenderlas y no recordarlas y no seguirlas, tomando su parte externa, contingente, transitoria, sin penetrar jamás en su fondo y en su sustancia. Así todos los sacerdocios que al ritual se apegan y del dogma se olvidan, concluyen por parecerse á figuras puramente mecánicas movidas por resortes puramente materiales. Paréceme, al evocar estos santos tiempos de la pasion de Cristo, que veo al sumo pontífice destituido, Anás, el cual conservaba su poder invisible despues de haber perdido su visible autoridad, volviéndose á su yerno Caifás, é imputándole, con la acritud de un viejo y desengañado judío, todos los peligros que por culpa de aquel jóven, irreverente al templo, empeñado en subvertir los ánimos, corren los privilegios y las obvenciones de su teocrática familia. Caifás, sumo sacerdote á la sazon, llegó al sumo sacerdocio cuando Cristo tenia ya veintiseis años y cayó del sumo sacerdocio cuatro años despues de la muerte de Cristo. Su elevacion se explica por su vileza; y su vileza es la más vil que puedan tener los hombres; su vileza consiste en adular á los enemigos, á los conquistadores, á los tiranos de su patria. Así el pueblo todo lo veia de mal ojo; y llamaba al salon, donde iba á prepararse para los oficios, llamaba á la sala de los consejos con el nombre denigrante de celda de los esclavos. Así decia el Talmud «que la dignidad pontificia se daba mediante dinero y cambiaba de personas todos los años.» De suerte que el sumo sacerdote de Jehová, el que representaba la tradicion bíblica, el que sucedia á los Patriarcas, el que oficiaba en el templo de Salomon, el que era depositario único de las más primitivas ideas respecto á la unidad de Dios, habíase convertido por una degeneracion propia de todas estas dignidades y de todas estas instituciones cuando llegan á su agonía, en vil adorador de un César, el cual se llamaba á sí mismo Dios en los vértigos de su soberbia y tenia adoradores y templos, esclavizando á los únicos sacerdotes y oprimiendo á los únicos pueblos que adoraban al Eterno en espíritu y en verdad. Así mueren las instituciones más altas. Así las decadencias irremisibles llegan hasta las interioridades del alma. Así degeneran colegios de sacerdotes que han consolado á tantas generaciones desgraciadas y que han servido á tantos progresos grandiosos. Así caen de lo alto las ideas más sublimes y se truecan tristemente en lo contrario de lo que fueran á sus comienzos. Así el patriarcado de Abraham pasa á pontificado de Caifás. Así el pueblo, que ha oido tronar á Dios en las zarzas del Oreb, oye ahora relinchar al caballo romano en las puertas del templo de Salomon. Así llegan los profundos decaimientos de las más altas instituciones. Tales son las irremediables tristezas de la historia.

Dos capitales acusaciones se dirigian contra Jesus, la una derivada de sus arengas en el templo y la otra de su presentacion como Mesías al pueblo. La primera de las acusaciones le delataba como enemigo de la religion judía y la segunda como enemigo de la autoridad romana. Por la primera aparecia reo de blasfemia ante el sanhedrin; por la segunda reo de conspiracion ante el pretorio. Los religiosos, los fieles, decian haberle oido que destruiria el templo y lo reedificaria en tres dias; los políticos, los cortesanos del poder, decian haberle oido llamarse á sí mismo rey de los judíos. Blasfemia grande la primera, ciertamente, á los ojos de aquellos que temian ver en riesgo por una imprudencia su autoridad sacerdotal; grave amenaza la segunda á los ojos de aquellos que sabian cuán receloso de toda conjuracion y cuán amigo de su autoridad era el duro y pérfido Tiberio. El peligro se agravaba, y de consiguiente el temor crecia, en aquellas circunstancias, en medio de una fiesta nacional, entre el conjunto de los tres millones de judíos, los cuales soñaban á una con redimir á su patria y vengar á su Dios. Jesus, que en toda su predicacion se recatara mil veces con prudencia, y huyera la persecucion y el peligro con sigilo, en aquel momento, oyendo la voz divina de su vocacion sobrehumana, predicaba delante de los fariseos, y circuido de las muchedumbres, en el pórtico mismo de la casa santa que servia de albergue á las tablas de la ley antigua. Antes el Salvador esquivaba los soldados de Herodes; ahora, despues de su entrada triunfal en Jerusalen y de los comienzos de su pasion, buscaba á los soldados de Pilatos. Al iniciar su predicacion, le seguia el pueblo; ahora él sigue al pueblo. Como dice San Marcos en el capítulo tercero de su Evangelio, perdíase Jesus en el desierto cuando los fariseos de Caifás y los cortesanos de Herodes tramaban su perdicion y su ruina. Despues de la degollacion de Juan acudió á un pueblo ribereño, á Cafarnaum; y más tarde á Betsaida, á Geneser entre Tiro y Sidon, á Magdala, á otros puntos cercanos á los últimos confines de Judea, por las orillas del Jordan y de los lagos, cerca muchas veces del mar. ¡En cuántas ocasiones refugiábase á las barcas de los pescadores y pedia á los vientos y á las ondas un asilo negado por el duro corazon de los hombres! ¡En cuántas ocasiones se internaba por las cavernas de diez y ocho millas, que unian tierras apartadas entre sí, y que resultaban asilos seguros de su oracion y de su idea! Si la energía de los suyos desmayaba, excitábala con la penitencia y con los ayunos y con la soledad, á fin de que las tentaciones del cuerpo no contrastaran los movimientos del alma. «Las alimañas de los bosques, decia, tienen sus madrigueras y las aves del cielo sus nidos; y el hijo del hombre no tiene una piedra



JESUS EN CASA DE SIMON, por Bida



MARTIR CRISTIANA RETIRADA DEL CIRCO, por A. Baur

donde reclinar su cabeza.» Y en el momento de su pasion y muerte; en la hora de mayor peligro; en la fiesta solemne de Pascua; el penitente de los desiertos, el profeta parecido al Bautista por sus largos recogimientos á las orillas del Jordan, se presenta al pueblo y en el templo. No tenia remedio; iban de consuno á perseguirle el miedo de los fariseos á la crueldad de Tiberio y el miedo de Tiberio á la insurreccion de Judea. La mitad de las crueldades, que manchan la historia, siempre las ha cometido el miedo.

Segun dice San Lúcas en el capítulo décimo de su Evangelio, al acercarse la Pascua, no contento Jesus con los doce discípulos predilectos, escogió setenta y dos más, enviándolos á las poblaciones y diciéndoles, segun San Marcos, estas sublimes palabras: «Os envio como corderos entre lobos; sed cautos cual serpientes y sencillos cual palomas.»

Despues de esta mision, y al dia siguiente de su triunfal llegada á Jerusalen, dirigióse al templo, y entró en medio de la emocion universal, tranquilo como si estuviese absorto en sobrenaturales contemplaciones; cruzados los brazos sobre el pecho como para contener y ahogar los latidos de su corazon; radiosa la frente con aquella mística aureola que irradiaba resplandores, en los cuales se han abrasado, como leves mariposas, tantas y tantas almas; y dirigióse á la teba, ó mesa donde se deponian los libros santos, y comenzó á enseñar la palabra de Dios. Entónces los fariseos, temerosos de que tan ardiente palabra encendiera los ánimos y suscitara perturbaciones, mucho más temibles que en ningun otro tiempo en los dias de Pascua, preguntáronle por sus títulos y sus derechos para dirigirse al pueblo. Y Jesus les contestó que se los presentaria cuando ellos le dijesen si el bautismo de Juan sucedió por divina ó por humana ordenacion. Suspendiéronse á tan extraño problema los grandes y recapacitaron, reconcentrando en lo interior el pensamiento, que si decian por divina ordenacion, argüiríales Jesus de inobedientes á Dios por no haberle seguido; si por humana, de contrarios al pueblo que áun creia y adoraba en su profeta. Y buscaron el expediente fácil de burlar la cuestion diciendo que no podia tratarse entónces de Juan y su mision, sino de él, de Jesus y sus predicaciones. Y les respondió el Salvador con aquellos apólogos, los cuales contenian la esencia de su doctrina como el cáliz contiene la miel de las flores. Y habló de dos hijos que recibieron de su padre el mandato y el encargo de trabajar en las viñas y de los cuales el uno, despues de haber rehusado largo tiempo ir, fué, miéntras el otro, despues de haber convenido en ir, no fué; alusion á quienes le imputaron un dia tardanza por comenzar sus predicaciones y luégo le abandonaron y áun le persiguieron. Por todo lo cual, Jesus da rienda suelta al espíritu democrático que alienta á su persona y que vivifica su doctrina, contando la parábola de aquel rey que convidara muchos poderosos á la boda de su hijo, y como no asistieran, envió á sus criados á que recogieran las gentes encontradas en las calles al acaso y las condujeran en tropel, y sin preguntarles siquiera por sus nombres, á la honra y al goce del festin.

Oyendo estos apólogos morales tan contrarios al sentido estrecho con que el materialismo farisaico destruia la ley; viendo estas tendencias republicanas de un jóven galileo no permitidas en Roma, ni á los patricios romanos; debieron los sacerdotes temblar y estremecerse por sus privilegios teocráticos, y decidir la perdicion del reformador que podia concitar contra ellos las iras exterminadoras del César. Y Jesus redoblaba en su contra las invectivas, cuando decia que gustaban del primer lugar en los festines, del primer asiento en las sinagogas, del primer saludo en los mercados, y les reconvenia por llamarse á guisa de reyes, señores, cuando sólo debe haber para los hombres, iguales en naturaleza, un Señor, nuestro Dios que está en los cielos; y terminaba con estas elocuentísimas palabras: «Sois dignos descendientes de los que inmolaron á los profetas; Jerusalen, Jerusalen, que matas á los santos y apedreas á los enviados á tí, ¡cuántas veces he intentado reunir tus hijos dispersos, como la gallina sus polluelos, y no lo has consentido!» Indignados los judíos, cogieron piedras para arrojárselas, y Jesus les dijo que habiendo hecho tantas buenas obras, en nombre de su padre celestial, ¿por qué lo apedreaban? Y ellos le respondieron que no lo apedreaban por sus obras, sino por sus palabras; porque siendo hombre mortal, se llamaba á sí mismo Dios. Y Jesus, extrañado de esas reconvenciones, respondió con una pregunta en verdad sencillísima: «¿Pues no dicen los salmos que somos igualmente todos hijos de Dios?» Al considerarle tan sereno en medio del peligro, tan pronto á la respuesta, tan sublime en sus sentencias, sonriente cuando todos se enfurecian, superior á las pasiones humanas cuando todos á sus iras se entregaban; muchas gentes del pueblo se sintieron tocadas en el corazon por aquella avasalladora dulzura y comenzaron á decir que si el Mesías llegara de véras, no hiciera tantos milagros ni tantas maravillas como aquel hombre. Y hubo una gran diferencia en el pueblo de Jerusalen por su causa, pues miéntras unos gritaban que le prendieran, otros se interponian entre su persona y los que le amenazaban para guarecerle y para salvarle. Y Jesus tuvo que salir del templo á causa de las divisiones y de las diferencias que suscitaba su palabra en el pueblo. Y al salir, habló de su divino ministerio en estas sentencias llenas de compasion para sus enemigos é inspiradas indudablemente por la fortaleza que da el socorro y el auxilio de una elevada conciencia. «Vosotros sois de aquí abajo, y yo de lo alto; vosotros de este mundo y yo del otro. Y ninguno entre vosotros podria ir donde voy yo.»

Estaba de tal suerte pervertida la conciencia de los judíos; ignoraban con tan profunda ignorancia el divino misterio de espiritualismo ante el cual se veian y encontraban, que creyeron á Jesus capaz de darse, como cualquier estoico, la muerte. No sabian que en sus palabras iba encerrada la vida. No sabian que en su predicacion iba contenida la conciencia universal. No sabian que cada una de aquellas ideas era un mundo, como la mayor parte de los puntos luminosos sembrados en las esferas son como otros tantos soles. No sabian que la tierra se llenaba de una nueva vida, los hombres de un nuevo espíritu, y los cielos de una nueva luz.

En estos dias celebraban los judíos la Pascua, relacionada, como todas sus festividades, con el éxodo de Egipto y el viaje á la tierra prometida. Los ritos figuraban, por tanto, la hora solemne de un adiós postrero, la comida apresurada de quien se apercibe á una larga peregrinacion y los preparativos propios de tamañas empresas. En cuanto la media noche sonaba, reuníanse para tal cena, pan sin levadura que indicaba la precipitacion y la prisa, yerbas amargas recogidas al borde del camino, y el cordero pascual, manjares bendecidos todos por el patriarca ó jefe de la familia, el cual explicaba sencillamente toda su significacion y describia los hechos históricos y religiosos que en todas aquellas ceremonias se conmemoraban y el sentido oculto de sus menores particularidades y accidentes. Al partir el pan ázimo y escanciar las primeras copas de vino, levantábanse los israelitas; mas se asentaban al comer las yerbas y el cordero, con lo cual quedaba concluida la ceremonia, que se completaba con deliciosísimo cantar en coros digno de las aptitudes músicas de esa raza semítica, sublime cantora del desierto, cuyas melodías tienen la monótona pero sublime resonancia del viento en las playas. En todos los siglos y en todas las religiones sentarse á la misma mesa, partirse el mismo pan, apurar el mismo vino, significa una comunion de ideas y de sentimientos que alimentan y sostienen á las almas como los manjares comunes alimentan y sostienen á los cuerpos. Así nada más social que una mesa, que una comida en comun, y nada más íntimo ni más cordial ni más propio para despertar toda suerte de sentimientos que la conversacion amistosa durante una comida y en torno de una mesa. Jesus, al salir del templo, sintió que sonaba la hora de su sacrificio, y al sentir que sonaba la hora de su sacrificio, aspiró á una última cena en compañía de sus discípulos, á quienes debia convertir en apóstoles para adoctrinar á todos los hombres y esclarecer é iluminar á toda la tierra. Dos discípulos fueron enviados, Pedro y Juan, para que alquilaran una habitacion y dispusieran todo lo necesario. Y allí, en aquella cena, dejó instituida la comunion eterna de las almas entre sí por medio de la caridad y del amor; y de las almas con Dios por medio de la oracion y de la fe. Y para que nada faltase á esta obra sublime y redentora, le ofreció su preciosa vida y la consagró con su divina muerte. Y desde lo alto de la Cruz, patíbulo ignominioso, quedó promulgada en todas las conciencias y trasmitida á todos los siglos la religion divina del espíritu.

EMILIO CASTELAR

NUESTROS GRABADOS

JESUS INSULTADO, por Doré

«Entónces los soldados del presidente, tomando á Jesus para llevarle al pretorio, hicieron formar al rededor de él toda la cohorte:

»Y desnudándole, le vistieron un manto de grana.

»Y tejiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza, y una caña en su mano derecha. Y doblando ante él la rodilla, le escarnecian, diciendo: Dios te salve, rey de los judíos.

»Y escupiéndole, tomaron una caña y le herian en la cabeza.

»Y despues que lo escarnecieron, le desnudaron del manto y le vistieron sus ropas, y le llevaron á crucificar.»

Esto escribe San Mateo, de conformidad con los restantes evangelistas. El autor del cuadro representa á Jesus en la última parte de esa escena: hále dado sus habituales vestiduras; la turba le escarnece todavía, y el Justo aguarda con sublime resignacion el momento de emprender el camino del Calvario.

JESUS EN CASA DE SIMON, por Bida

La mayor maravilla obrada por Jesus fué trasformar la sociedad antigua por medios tan sencillos como la predicacion de los apóstoles, hombres escogidos casi exclusivamente en las últimas clases sociales. Simon (Pedro) era un humilde pescador que, ántes de ser discípulo de Jesus, jamás pudo tener en mientes llegar á piedra fundamental de la nueva Iglesia. El grabado que publicamos es precioso de composicion y da una perfecta idea del interior de aquella humilde casa, en la cual penetra con Jesus la luz divina que irradia en torno del Redentor. Este entra en ademan de bendecir, como bendijo siempre, áun á sus verdugos; Simon franquea gustoso la puerta, siendo notable la expresion de sorpresa y respeto que revela su persona toda; las restantes figuras están deliciosamente agrupadas: el conjunto es armónico é impresiona dulcemente. El autor se ha separado algo del texto evangélico, si, como suponemos, ha querido representar la primera entrevista de Jesus con Simon, pues, segun aquél, el Maestro halló al discípulo trabajando á orillas del mar. Quizás, empero, la visita del Nazareno al pobre pescador, se supone despues que Jesus habia prometido á Simon hacerle pescador de hombres: en ambos supuestos el cuadro de Bida es un lienzo de primer órden.

MARTIR CRISTIANA RETIRADA DEL CIRCO, por A. Baur

El genio se inspira siempre en las escenas de verdadero sentimiento. El mártir cristiano ha sido tratado pictóricamente en diversas composiciones; pero dudamos que ningun profesor haya superado á Baur en la manera de imaginar la escena y en el acierto al reproducirla. Renunciando á la parte terrorífica, llamémosla así, del asunto, se ha abstenido de pintar la agonía de la mártir: ésta ha sucumbido ya; el pálido semblante de la virgen refleja aún la tranquilidad, la inefable dulzura de que ha gozado en sus últimos instantes. El fúnebre cortejo se retira del ensangrentado circo: camina delante un venerable anciano, en quien se apoya un jóven anegado en llanto; el hermano, tal vez el prometido de la víctima. Viene ésta en pos, conducida por dos robustos mancebos, uno de los cuales no puede disimular el horror y el desprecio que le inspira un grupo de gentiles ataviados para tomar parte en el espectáculo, donde el pueblo romano se satura de sangre y de sensualismo. Un viejo de respetable continente besa con respeto la helada mano de aquella á quien el martirio ha santificado; una pobre mujer tiene necesidad de apoyarse para no sucumbir á la emocion que la produce la contemplacion del cadáver; y en el fondo del cuadro asoman los primeros personajes de un nuevo cortejo de igual índole. Roma fué implacable; Diocleciano hizo de las arenas el degolladero de los nuevos sectarios; y sin embargo, cada mártir que sucumbia arrastraba consigo un ídolo y un tirano. El cristianismo destruyó el politeismo y redimió á los grandes oprimidos de la antigüedad, el esclavo, el pobre y la mujer.

JESUCRISTO CORONADO DE ESPINAS
Relieve en mármol

La ejecucion de la imágen del Redentor ofrece dificultades insuperables. El artista halla modelos para todos los sentimientos humanos y para todas las formas reales. Pero cuando su objetivo es la divinidad, cuando el sentimiento á expresar no pertenece al órden de las pasiones que no es dado estudiar prácticamente, la ejecucion de la obra toca en lo imposible. Rafael, Murillo y Velazquez lo han evidenciado en sus lienzos de asunto religioso. El primero en sus *Madonas* hubo de reproducirnos distintas veces la imágen de la mujer querida, de semblante agraciado y hasta resplandeciente de pureza; pero es indudable que de la Fornarina á la Vírgen María, tal cual se la figura el cristiano, la distancia es inmensa. Muy distinto es el tipo escogido por Murillo: hay en la hermosura de sus Inmaculadas más misticismo que en las *Madonas* del pintor de Urbino; pero ¿reconoceremos en absoluto que la belleza típica y la sangre ardiente de las mujeres andaluzas no se traducen en los cuadros del maestro sevillano? Velazquez pintó un Cristo áun no igualado; mas en aquel semblante desfigurado por la muerte, la divinidad de la víctima no aparece en manera alguna, porque Velazquez, superior en dibujo y colorido, comprendia perfectamente la forma y la belleza humana, pero era impotente para figurarse la divina á gusto de todos. En punto á concepciones de tipos sobrehumanos, dudamos pueda irse más allá del Moisés de Miguel Angel. Y bien, ¿tienen punto de comparacion el legislador hebreo y el mártir del Calvario en punto á vencer dificultades de idealismo? El relieve en mármol que reproducimos nos da la idea del Jesus dulce, resignado, hermoso en medio de sus horribles padecimientos..... Indudablemente esto es mucho; pero ¿es todo?....

LA MUERTE DE JESUS

¿Y eres tú el que velando
La excelsa majestad en nube ardiente,
Fulminaste en Sinaí? Y el impío bando,
Que eleva contra tí la osada frente,
¿Es el que oyó medroso
De tu rayo el estruendo fragoroso?
Mas ahora abandonado
¡Ay! pendes sobre el Gólgota, y al cielo
Alzas gimiendo el rostro lastimado.
Cubre tus bellos ojos mortal velo,
Y su luz extinguida,
En amargo suspiro das la vida.
Así el amor lo ordena;
Amor más poderoso que la muerte.
Por él de la maldad sobre la pena
El Dios de las virtudes, y el leon fuerte
Se ofrece al golpe fiero
Bajo el vellon de cándido cordero.
¡Oh víctima preciosa,
Ante siglos de siglos degollada!
Aun no ahuyentó la noche pavorosa
Por vez primera el alba nacarada,
Y hostia del amor tierno,
Moriste en los decretos del Eterno.
¡Ay! ¡quién podrá mirarte,
Oh paz, oh gloria del culpado mundo!
¿Qué pecho empedernido no se parte
Al golpe acerbo del dolor profundo,
Viendo que en la delicia
Del gran Jehová descarga su justicia?
¿Quién abrió los raudales
De esas sangrientas llagas, amor mio?
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
De horror y palidez? ¿Cuál brazo impío
A tu frente divina
Ciñó corona de punzante espina?
Cesad, cesad, crueles;
Al Santo perdonad, muera el malvado.
Si sois de un justo Dios ministros fieles,
Caiga la dura pena en el culpado;
Si la impiedad os guia
Y en la sangre os cebais, verted la mia.
Mas ¡ay! que eres tú solo
La víctima de paz, que el hombre espera.
Si del Oriente al escondido polo
Un mar de sangre criminal corriera,
Ante Dios irritado,
No expiacion, fuera pena del pecado.
Que no, cuando del cielo
Su cólera en diluvios descendia,
Y á la maldad que dominaba el suelo,
Y á las malvadas gentes envolvia,
De la diestra potente
Depuso Sabaoth su espada ardiente.
Venció la excelsa cumbre
De los montes el agua vengadora:
El sol, amortecida la alba lumbre,
Que el firmamento rápido colora,
Por la esfera sombría
Cual pálido cadáver discurría.
Y no el ceño indignado
De su semblante descogió el Eterno.
Mas ya, Dios de venganzas, tu Hijo amado,
Domador de la muerte y del averno,
Tu cólera infinita
Extinguir en su sangre solicita.
¿Oyes, oyes cual clama:
Padre de amor, por qué me abandonaste?
Señor, extingue la funesta llama
Que en tu furor al mundo derramaste:
De la acerba venganza
Que sufre el Justo nazca la esperanza.
¿No veis cómo se apaga
El rayo entre las manos del Potente?
Ya de la muerte la tiniebla vaga
Por el semblante de Jesus doliente,
Y su triste gemido
Oye el Dios de las iras complacido.
Vén, ángel de la muerte:
Esgrime, esgrime la fulminea espada,
Y el único suspiro del Dios fuerte,
Que la humana maldad deja expiada,
Suba al solio sagrado,
Do vuelva en padre tierno al indignado.
Rasga tu seno ¡oh tierra!
Rompe ¡oh templo! tu velo. Moribundo
Yace el Criador; mas la maldad aterra,
Y un grito de furor lanza el profundo.
Muere.... Gemid, humanos:
Todos en él pusisteis vuestras manos.

ALBERTO LISTA

LAS SIETE PALABRAS DEL MESIAS EN LA CRUZ

Ha llegado Jesus al pié del monte Calvario, al lugar llamado Gólgotha. Una muchedumbre inmensa iba tras él.

La cruz se halla dispuesta.

Aun no se ha turbado la armonía del universo, pero el horizonte empieza á oscurecerse. Las tempestades salen, profiriendo horribles alaridos, de las cuevas en que las retenia la mano del Eterno.

El Hombre-Dios se detiene al pié de la cruz.

Lleva la mano á la frente, se inclina con humildad y habla á su Padre, á su juez. Solamente el Eterno oye sus palabras; pero su misteriosa respuesta hace estremecer á los cielos.

Los verdugos se apoderan del Mesías.

Los millones de mundos que vagan por el espacio entran en las parábolas que han de describir para anunciar al infinito la muerte del Hijo del Eterno.

El universo se detiene, señalando la hora del sacrificio.

El eje de la tierra permanece inmóvil.

El Mesías pende de la cruz. Sus ojos en que brilla la bondad de un Dios, fíjanse en sus verdugos y elévanse seguidamente al cielo.

—*¡Perdonadles, Padre mio!*—dice.—*No saben lo que se hacen.....*

Al oir estas palabras impregnadas de amor, la multitud asombrada se conmueve: todas las miradas se fijan en el Mesías y con terror se aperciben de su palidez y de sus sufrimientos. La vista humana no puede comprender otra cosa. Unicamente á los espíritus celestes les es dado enterarse del combate entablado entre la vida de un Dios y la muerte; la muerte que hubiera sido impotente si el Eterno no hubiese autorizado su victoria. Esos espíritus saben todo el horror de esa agonía, y porqué corre esa sangre y cuál fuente inagotable de salud para el género humano fluye de las palpitantes llagas de Cristo..... Levanta éste los ojos é inútilmente busca consuelo..... Ha de morir de la muerte del culpable.

Dos criminales agonizan á su lado..... La voluntad del Todopoderoso le ha condenado á este último ultraje.

A su derecha un asesino, un pecador endurecido, mofa é insulta al Dios que muere por todo el mundo, por él incluso.

A su izquierda un jóven á quien los ángeles malos han seducido.

A punto de morir, siente los afectos de la más bella, de la más dulce de las virtudes, el arrepentimiento. Muestra el suyo en alta voz, encuéntrase digno de hallar clemencia, y clemencia le es acordada, pues proclama que el que muere á su lado es hijo del Eterno. Salúdale con este sagrado nombre y ruégale que se acuerde de él cuando haya vuelto á la celeste patria.

Jesus olvida sus padecimientos; una divina sonrisa contrae sus labios.

—*Hoy mismo, yo te lo aseguro, serás conmigo en el reino de los cielos.....*

Al oir estas palabras un sentimiento de ignota felicidad estremece al pecador arrepentido.

—¿Dónde estoy?—exclama—¿A qué nueva vida me ha resucitado el que muere junto á mí? De nuevo me ha creado..... ¡y muere! Sé adorado, oh tú, á quien no puedo concebir. Más divino eres que los primeros ángeles, porque un ángel no hubiera podido aproximar mi alma á Dios hasta tal punto..... ¡Adorado seas! Yo te pertenezco por toda la eternidad.

Y sumergido en santo éxtasis, vagan sus miradas del cielo á la tierra y de la tierra al cielo: todo en torno á él sonrie, hasta que se duerme con el sueño del justo.

Los sufrimientos de Cristo van en aumento.

La naturaleza está presa de estupor.

El hombre capaz de comprender la sublimidad de ciertos actos, contempla silencioso el mármol, que encierra los restos de un gran ciudadano, esperanza de su patria; un amigo puede contemplar por un momento, sin quejas y sin lágrimas, la tumba de su amigo; pero á ese dolor mudo sucede en breve la explosion del dolor. De esta suerte despierta la naturaleza: cual asustada de ella misma, se envuelve en la oscuridad de la noche y se estremece.

Estremecido, asimismo, el Gólgotha, hace temblar el árbol de la cruz, y las llagas del Mesías vierten eterna vida sobre sus verdugos y sobre la totalidad del género humano.

Las tinieblas van siendo más densas; las sacudidas del Gólgotha más fuertes; el Templo y Jerusalen tiemblan igualmente. Hasta el resplandor celestial de los ángeles palidece á su vez.

Contempla el pueblo, horrorizado, cuál mana la sangre de la redencion; quiere apartar los ojos de aquella escena; pero una fuerza sobrenatural le obliga á fijarlos en la cruz divina.

Uriel se lanza desde los polos en busca de las almas, que han vuelto á revestir sus mortales cuerpos.

—Seguidme—las dice el celeste mensajero; y continuando su vuelo, llega al lugar del suplicio.

Síguenle las almas y á su cortejo se agrega el cortejo de los siglos que áun han de ser. El Salvador se apercibe de su proximidad y sabe cuánta felicidad han de deberle las generaciones pasadas y futuras por las cuales muere..... Sus mejillas lívidas recobran el carmin de la vida y lo vuelven á perder para siempre; su cabeza, cargada con todos los pecados del mundo, se inclina, cae sobre su pecho, intenta levantarla de nuevo y de nuevo cae.....

Espesas nubes rodean el Gólgotha, como la destruccion rodea los sepulcros; potentes, terribles, mudas..... La más sombría noche desciende sobre la cruz, y con la noche desciende el silencio de la nada, que espanta hasta á los espíritus inmortales!

Un rumor siniestro, horrible, no anunciado por sonido alguno comunicador, déjase oir en la tierra. Las osamentas de los muertos se agitan; el huracan se desencadena á través de los cedros gigantescos, y los cedros son derribados! Tiemblan las torres de la orgullosa Jerusalen; llega el rayo, estalla en el Mar Muerto, cuyas dormidas olas se encrespan y mugen..... El universo muge como ellas.

Dos ángeles se acercan á la cruz, dos ángeles exterminadores enviados por el Juez supremo. Detiénense junto al leño fúnebre, vuelven á remontarse y dan en torno de la cruz siete vueltas consecutivas. Su vuelo lento y fúnebre causa opresion á la naturaleza. No de otra suerte se oprime el pecho del amigo de los hombres cuando cruza un campo de batalla en donde millares de séres inmolados nadan en su propia sangre y se percibe el estertor del uno, del otro, del otro... hasta percibirse el último suspiro del último moribundo.

Jesucristo distingue á los ángeles exterminadores y de lo más íntimo de su alma formula esta humilde súplica:

—Conocido me es este vuelo siniestro, este rumor lúgubre... Juez del universo, perdon, gracia para mí...

Y los ángeles exterminadores encaminan al cielo su vuelo profético.

El Salvador parece dormitar; su cabeza permanece inmóvil sobre el pecho.

Los que le han amado y seguido en vida, vagan aisladamente por los alrededores del Gólgotha, en cuya cima fijan sus ojos anegados en llanto; pero temen juntarse, porque sus lamentos darian cuenta de su dolor.

Solamente Juan evangelista y la Madre del Mesías se han arriesgado á permanecer cerca de éste. De pié una y otro junto al árbol de la cruz, la desesperacion enmudece á entrambos: á ninguno quedan lágrimas que derramar; ni siquiera les es dado el dulce desahogo de los suspiros. El Salvador se hace cargo de sus sufrimientos; fija en ellos una mirada que reanima sus fuerzas y les da valor; el sonido de su voz abre su pecho á la esperanza.

—*Madre mia,*—dice,—*ese será tu hijo...*

Y dirigiéndose al apóstol, añade:

—*¡Esa será tu madre!*

Estas palabras agotan las fuerzas del moribundo, y sin embargo, en su mano está trocar en celestial alegría el dolor de los fieles.

Lo que sufre el Redentor no tiene remedio en la tierra ni en el cielo.

El alma de un ángel es impotente para combatir la agonía del Mesías; su voz no es bastante para cantarla.

Un velo de luto envuelve el trono del Eterno; los espíritus celestes que habitualmente le rodean, se han alejado de aquel sitio y flotan encima del Gólgotha. Desde lo alto de su trono, rodeado de oscuridad, la mirada de Jehová penetra á través de la naturaleza asombrada y se fija en Cristo. Esta mirada no es vista ni comprendida sino del Salvador; únicamente él se hace cargo, con terror, de que no se ha verificado aún la reconciliacion de la humanidad con Dios. Su palidez es verdaderamente espantosa; sus ojos mortecinos se fijan en la tumba que ya le han abierto, al pié de la montaña, cabe un árbol solitario.

Su alma inmortal, que conserva aún la facultad de pensar, se eleva al Creador y le dice:

—Padre mio, enjuga las lágrimas que mis padecimientos hacen correr. ¡Misericordia para los que lloran por tu Hijo, misericordia para los que creen en él!... ¡Misericordia para ellos el dia en que les envíes la muerte, la muerte terrible, la muerte, que es el arma más poderosa de tu divinidad!... Ningun sér creado la comprenderá tal como yo la siento; una sola gota de este océano de dolor en que me has sumergido, es suficiente para la desesperacion de todo el género humano... ¡Misericordia para él, Padre mio!... Ten piedad del desgraciado que, en sus luchas con el infortunio, ha permanecido fiel á la virtud!... ¡Piedad del amigo adicto, sincero, que hasta á sus enemigos bendice!... ¡Piedad del humilde caritativo y del rico que emplea los bienes terrenos en aliviar la triste suerte de sus hermanos!... ¡Piedad para todos el dia en que la destruccion reclame sus cuerpos y tú sus almas!... ¡Dios de bon-

dad! ¡Padre mio! En recuerdo de esta corona de espinas que ensangrienta mi rostro, en recuerdo de esta agonía que hiela hasta el tuétano de mis huesos, en recuerdo de mis padecimientos y del amor que me conduce á morir con la muerte de los criminales, ¡atiéndeme!...

En tanto que el Mesías dirige esta plegaria mental á su Padre, el terrible mensajero del Juez eterno, el ángel de la muerte, ha abandonado la region celeste. Desciende sobre la tierra, pósase en la cumbre del Sinaí, detiénese un instante cual aplastado bajo el peso de la órden que de Dios ha recibido, y vuelve á tender el vuelo. Tiembla su brazo, que apénas puede sostener la espada del exterminio, cae de hinojos al pié de la cruz, y ántes de herir á la víctima la adora.

—Hijo del Eterno,—dice,—dame fuerzas para cumplimentar la terrible ley que me anonada. ¿Quién soy yo, á quien formaste de una nube nocturna y de una ola de fuego? Espíritu creado de ayer, debo inmolarte, á tí, dueño mio!... Tal es la voluntad de Jehová...

Enmudece y hace un esfuerzo para levantar su espada. La tempestad ruge; pero la voz de la muerte es más fuerte y poderosa que la tempestad. El ángel prosigue:

—La cólera de Dios es infinita... Recuerda que á esa cólera te has sometido. Tu voz que, suplicante, imploraba gracia, ha llegado cabe al trono del Eterno; pero el Eterno ha vuelto la cabeza: estás abandonado, rechazado por el Eterno, que me ha hecho su mensajero, á mí, el ángel de la más cruel de las muertes!...

Otra vez eleva aún Jesus su mirada al cielo, y con voz no extinta por la agonía, sino terriblemente acentuada por la desesperacion, exclama:

—*¡Padre mio! ¿Por qué me has abandonado?*

El cielo enmudece ante este secreto impenetrable.

El Hijo de Dios sucumbe por completo bajo el peso de la naturaleza humana, y murmura con toda la angustia de un mortal:

—*¡Tengo sed!...*

Bebe, se estremece, palidece, y luégo suspira con la dulce confianza del justo.

—*Padre mio...*—exclama.—*En tus manos entrego mi espíritu...*

Y añade con la energía de un Dios:

—*¡Consumado está!*

Inclina la cabeza sobre el pecho..... y muere!

KLOPSTOCK



JESUCRISTO CORONADO DE ESPINAS, relieve en mármol

NOTICIAS GEOGRAFICAS

A 1,500 metros de profundidad acábase de encontrar en Saint Etienne, Francia, una corriente de agua caliente acompañada de abundancia de gas ácido carbónico que brota hasta 26 metros de altura. Un volcan de agua.

A propósito de volcanes, diremos que estos fenómenos siguen ocurriendo sin interrupcion en la costa de Etolia, donde indudablemente se ha abierto en el fondo del mar un cráter, á juzgar por el estruendo submarino, las sacudidas de tierra firme y los muchos vapores sulfurosos que van desprendiéndose de la superficie del mar. Lo más curioso de este fenómeno es una gruesa capa de materia gelatinosa que sobrenada, sin que el oleaje más embravecido sea capaz de deshacerla.

***

El Shah de Persia ha otorgado á una compañía francesa la concesion de un ferro-carril desde Teheran á Recht á orillas del mar Caspio. Aumentan, pues, en proporcion siempre creciente las comunicaciones por vapor en el interior del Asia, no estando lejano el dia en que la industria y el comercio verán abrirse nuevos y más vastos horizontes. La China va abriendo sus puertas, el Asia y el Africa se hacen accesibles á la civilizacion y cultura modernas, puesto que en este último continente se trabaja en igual sentido por todos lados y con una perseverancia admirable. La expedicion á cuya cabeza está Stanley ha establecido ya cuatro pueblos ó factorías-aldeas por cuenta de la Sociedad geográfica belga á orillas del Congo, que por órden de antigüedad se llaman: Vivi, Isangila, Manvanga y Stanley Pool ó Mboma; esta última situada en dicho rio á 15°47 latitud al Este de Greenwich.

NOTICIAS VARIAS

Decididamente es difícil llegar á ser buen pianista á juzgar por las expresiones de algunas celebridades como Thalberg que en el apogeo de su carrera no queria llevar paraguas por no cansar inútilmente la mano, y Bulone, quien ha dicho recientemente: «Si dejo pasar un dia sin hacer ejercicios, lo conozco en seguida; si dejo pasar dos dias lo conocen mis amigos, y si omito hacerlos tres dias seguidos, lo conoce el público.» Otro gran maestro, Tausig, dijo, que para tocar un poco bien el piano, es indispensable estudiar ocho horas diarias durante largos, largos años!

***

Anúnciase el descubrimiento de tres pequeños planetas, que deben llevar en los catálogos los núms. 221, 222 y 223.

***

MUJERES CIENTÍFICAS.—Actualmente ejercen en los 38 Estados de la Union Norte-americana nada ménos que 400 médicos hembras, muchas en hospitales públicos y las demás con clientela privada. En Rusia enseñan la medicina 12 catedráticas y el número de muchachas estudiantes crece continuamente. En la última guerra ruso-turca fueron condecoradas 24 doctoras con la órden de Estanislao por sus servicios en los hospitales de campaña.

IMP. DE MONTANER Y SIMON

LA ORACION EN EL HUERTO

(POR DELAROCHE)

